

Violencia, revolución y cambio estructural en América Latina

JOHN GERASSI

Mucho se escribe actualmente en Estados Unidos acerca de la Pax y hegemonía americanas en el mundo subdesarrollado. No siendo ya capaces de ocultar lo evidente, hasta los intelectuales más ecuanímenes se lamentan públicamente de la política de creciente belicosidad de Estados Unidos que se extiende desde Vietnam hasta la República Dominicana. De pronto, como si hubieran despertado de un sueño en technicolor, los intelectuales están descubriendo palabras tales como “imperialismo” y “expansionismo”, y se preguntan ¿por qué?, ¿a quién culpar?, ¿qué puede hacerse para detener esto?

Las preguntas son infantiles, los supuestos falsos y las implicaciones ingenuas. Reflejan un punto de vista liberal, que sostiene que existe una diferencia cualitativa en la línea política exterior actual de los Estados Unidos y la anterior. En realidad, la política exterior estadounidense sólo ha variado de grado, no esencialmente. Esta política ha sido uniforme, coherente y consistente. Lo que ha variado ha sido su fuerza y sus críticos.

La diferencia fundamental entre el imperialismo estadounidense de ahora y el imperialismo estadounidense de hace un siglo, consiste en que el de ahora es más violento, tiene mayor alcance y es planeado de manera más cuidadosa. Pero la política exterior estadounidense, al menos desde 1823, siempre ha sido dominante, expansionista e imperialista. Naturalmente, sólo de manera excepcional se ha llevado más allá de las capacidades del país. Así, cuando Estados Unidos era débil, sus intervenciones en el exterior fueron moderadas. Cuando su fuerza aumentó, aumentó también su atrevimiento. En la actualidad, como la nación más poderosa de la tierra, con un desarrollo tecnológico de proporciones extraordinarias, Estados Unidos puede ser imperialista en todos los continentes con relativa seguridad.

La razón más importante por la cual no hemos tenido oportunidad de discutir este imperialismo franca y abiertamente dentro de los Estados Unidos, en sus revistas, en sus centros de estudio y en sus tribunas, es porque

la interpretación de la historia de los estadounidenses ha estado dominada por los historiadores liberales cuyo punto de vista básico está caracterizado por su capacidad o carencia de voluntad para relacionar acontecimientos. Así, al contemplar América Latina, donde la política estadounidense siempre ha sido clara, los historiadores norteamericanos admitirán, incluso, detalladamente, las intervenciones de EUA en países de Centroamérica o del Caribe, y algunas veces llegarán a proponer una interpretación imperialista para todo un periodo de la historia de Norteamérica, pero nunca extraerán conclusiones generales, nunca relacionarán los acontecimientos históricos, la economía y la política, para descubrir su naturaleza o su ley fundamental. Para tales historiadores, por ejemplo, existe poca o ninguna relación entre los acontecimientos y la línea política de 1823 y los de 1845, entre los de 1898 y los de 1961.

Ahora, la mayoría de los historiadores liberales aceptará que Estados Unidos ha sido imperialista muchas veces en América Latina hasta 1933. Sin embargo, esclavos de su propia retórica, inevitablemente citarán la de Franklin D. Roosevelt, el mayor liberal de todos ellos, para insistir que con el New Deal el imperialismo terminó. Pueden hacer esta afirmación porque están obligados a suscribir la premisa de que es el Departamento de Estado el que hace la política exterior —simplemente porque esa es su función y también debido a su propio temor a ser identificados con la ideología marxista, temor que los lleva a rehusarse a interpretar el imperialismo como un fenómeno económico.

Es raro el historiador que comienza por preguntarse qué es exactamente el imperialismo o, si lo hace, es aun más raro el que de manera simple y sucinta admite que el imperialismo es un tipo de política encaminada a obtener beneficios materiales. Y esto ocurre no obstante el hecho de que sabe muy bien que nunca ha habido otra justificación para intervenir en los asuntos de otros países que la expectativa de derivar beneficios materiales de ello. El imperialismo siempre ha operado en tres etapas específicas, reconocibles y analizables: 1) controlar las fuentes de materias primas en beneficio del país imperialista; 2) controlar los mercados en el país sometido en beneficio de los productores del país imperialista; y 3) controlar el desarrollo interno y la estructura económica del país sometido para garantizar la expansión continua de las etapas 1) y 2).

Esa ha sido nuestra política en América Latina. Se inició de manera reconocible en 1823 con la declaración del presidente Monroe previniendo a las naciones no hemisféricas que se mantuvieran fuera del Continente americano. Dada su retórica, los historiadores liberales interpretaron la Doctrina Monroe como una declaración generosa, e incluso altruista, para proteger a sus vecinos más débiles del sur. Sin embargo, para esos vecinos, dicha doctrina afirmaba las ambiciones de Estados Unidos. En efecto, decía:

“Europeos, manténganse fuera de América Latina porque ésta pertenece a Estados Unidos.” Un liberal no estadounidense, Salvador de Madariaga, explicó una vez el significado que tiene la Doctrina Monroe para los norteamericanos:

Yo sólo conozco dos cosas en relación con la Doctrina Monroe: una es que ningún estadounidense de los que he conocido sabe lo que es; y la otra es que ningún norteamericano de los que he conocido consentiría que se modificara. Siendo esto así, concluyo que la Doctrina Monroe no es una doctrina sino un dogma, ya que éstas son las dos características por las que se conoce un dogma. Pero cuando la examino más de cerca, descubro que no se trata de un dogma sino de dos, a saber: el de la infalibilidad del presidente de Estados Unidos y el de la inmaculada concepción de la política exterior estadounidense.¹

Por cierto, en el año de 1824, el secretario de Estado (más tarde presidente) John Quincy Adams dio a la Doctrina un cariz inequívocamente claro cuando previno a Simón Bolívar, uno de los grandes libertadores de América Latina, que se mantuviera fuera de —es decir que no liberara— Cuba y Puerto Rico, que aún se hallaban bajo el yugo español. La Doctrina Monroe, decía Adams, “no debe ser interpretada como una autorización para que el débil sea insolente con el fuerte” Dos años más tarde, Estados Unidos rehusó asistir a la primera conferencia panamericana convocada por Bolívar en Panamá para la creación de los Estados Unidos de América Latina. Además, Estados Unidos utilizó su influencia y su fuerza para sabotear esa conferencia, ya que una América Latina unida sería un fuerte rival para las ambiciones norteamericanas, tanto en el Continente como fuera de él. La conferencia fracasó y Bolívar concluyó en 1829 que: “Los Estados Unidos parecen estar destinados por la Providencia a llenar de miseria América en nombre de la libertad.”

Estados Unidos no estaba todavía en condiciones de aplicar la Doctrina Monroe en contra de las potencias europeas, por lo menos tratándose de las más poderosas. En 1833, Inglaterra invadió las Islas Falkland que pertenecían a la Argentina y en lugar de invocar la Doctrina Monroe para detener la invasión, Estados Unidos le brindó su apoyo. En la actualidad, todavía pertenecen a Inglaterra dichas islas. Dos años más tarde, Estados Unidos permitió a Inglaterra ocupar la costa norte de Honduras, que todavía es Honduras Británica. Después, Inglaterra invadió Guatemala, triplicó su territorio en Honduras y, en 1839, se apoderó de la isla de Roatán. En lugar de reaccionar en contra de esto, Estados Unidos se lanzó en contra de México. En unos cuantos años, México perdió, en favor de Estados Unidos, la mitad de su territorio, la mitad más rica.

En 1854, Estados Unidos liquidó una pequeña disputa con Nicaragua enviando un barco de guerra para bombardear San Juan del Norte. Tres

años después, cuando un ciudadano norteamericano fue herido en ese país y el presidente Buchanan exigió una indemnización de 20,000 dólares que Nicaragua no podía pagar, repitió el bombardeo, al que siguieron los marines, quienes procedieron a incendiar y derribar todo lo que aún se mantenía en pie. Al año siguiente, forzó a Nicaragua para que firmara el Tratado Cass-Irisarri por el cual se concedía a Estados Unidos el derecho de libre paso por cualquier parte del suelo nicaragüense, y el derecho a intervenir en sus asuntos con cualquier fin que juzgara conveniente. Si todo lo anterior no logra convencer a un liberal del interés material de Estados Unidos en Nicaragua, nada lo logrará.

Sin embargo, el historiador liberal insistirá en que durante este periodo el Departamento de Estado fue a menudo aislacionista y que trató de observar estrictamente las leyes de neutralidad de EUA. Esto es verdad, pero ello no quiere decir, una vez más, que Estados Unidos no fuera imperialista, porque la política no la hacía —y no la hece— el Departamento de Estado, sino aquellos que se benefician de ella. Esto fue bastante claro durante la era de los filibusteros, cuando los estadounidenses formaban ejércitos y los dirigían hacia el sur con el objeto de conquistar territorios para las empresas privadas. En 1855, William Walker, doctor, abogado y periodista nacido en Nashville —que no practicó ninguna de sus profesiones—, invadió Nicaragua, capturó Granada y se “eligió” a sí mismo presidente de Nicaragua. Después de esto, envió un mensaje al presidente Franklin Pierce pidiéndole que Nicaragua fuera aceptada en la Unión como un Estado esclavo, no obstante que Nicaragua había puesto fuera de la ley la esclavitud desde hacía mucho tiempo. Walker trabajaba para empresas privadas estadounidenses interesadas en la explotación de América Central. El problema fue que estas compañías eran las rivales de la Accessory Transit Company de Cornelius Vanderbilt cuyas concesiones, Walker, como “Presidente”, canceló. En respuesta, Vanderbilt lanzó su influencia, fortuna y poder detrás de otras fuerzas que derrotaron a Walker en Santa Rosa. Luego, éste fue entregado a la Marina de Estados Unidos, devuelto a su país y juzgado por violar las leyes de neutralidad. Esto le había ocurrido ya antes, después de fracasar en su intento de conquistar Baja California y había sido absuelto. En esta ocasión fue absuelto una vez más y, de hecho, aclamado por un jurado que le era favorable.

¿Era corrupto el jurado? ¿Era imperialista? ¿O estaba simplemente reflejando las enseñanzas, la propaganda y el ambiente de los Estados Unidos?

Una vez que los primeros colonizadores habían establecido con éxito sociedades prósperas en su nuevo país, se lanzaron hacia el oeste. Los historiadores liberales nos dicen que este gran furor colonizador fue verdaderamente un impulso noble, un logro dorado en la formación de Estados

Unidos. En su expansionismo, los primeros norteamericanos fueron despiadados, exterminando sistemáticamente toda la población indígena. Pero tuvieron éxito y, en general, esa expansión se realizó sin sacrificar demasiado los derechos civiles elementales de los colonizadores. Así fue como la joven nación comenzó a sentirse orgullosa de su sistema.

Más tarde, cuando los empresarios estadounidenses emprendieron la industrialización de su país, también tuvieron éxito. En este proceso, explotaron a los nuevos colonizadores, es decir, a la clase obrera y a sus hijos, pero construyeron una fuerte economía. Así, una vez más, se demostraron a sí mismos y al mundo, que Estados Unidos era un gran país, tan grande en realidad, que no podría —no debía— detenerse en sus fronteras. Cuando esos empresarios se expandieron más allá de las fronteras estadounidenses, principalmente por la vía marítima, y de esa forma desarrollaron la potencia naval de EUA, una vez más se vieron coronados por el éxito. Por lo tanto, probaron una vez más que su país era un gran país.

No importaba que la democracia jeffersoniana, que los historiadores liberales ensalzan como la auténtica base moral de la actual potencia de EUA, descansara en los poseedores y excluyera a los desheredados (al punto de no permitir el voto a quienes carecían de propiedad). Tampoco importaba que la democracia jeffersoniana, funcionara sobre un fondo totalitario implacable en donde un sector de la economía trataba y, en general, lograba aplastar al otro sector. La retórica era pura, los resultados formidables, y en consecuencia el sistema era perfecto. Ese sistema fue conocido como “The American Way of Life”, un estilo de vida en el que los que alcanzaban el éxito eran los buenos y los que no, los malos. Estados Unidos se fundó desde muy temprano en la premisa básica de que aquel que es pobre merece ser pobre; aquel que es rico merece el fruto de su poder.

Puesto que Estados Unidos era suficientemente grande y rico para permitir que sus empresarios se convirtieran en magnates al mismo tiempo que también permitía a los pobres exigir una participación justa —derechos civiles y cierta movilidad—, la retórica que justificaba todos los asesinatos y todo tipo de explotación se convirtió en una teoría. De esta teoría nació la convicción de que el país era el más grande del mundo precisamente porque permitía la autodeterminación. De ahí sólo había un paso para concluir que cualquier país que pudiera hacer lo mismo, sería igualmente grande. Desde luego, el corolario era que aquellos países que no pudieran hacer lo mismo no serían grandes. Finalmente, se hizo claro para todos los estadounidenses, que quien es grande es bueno. El American Way of Life se convirtió en la personificación de la moralidad.

Del orgullo de Estados Unidos en su estilo de vida se derivó su derecho a imponer dicho estilo a los no estadounidenses. Los norteamericanos se convirtieron en seres superiores, y se creyeron fuente de derecho y de

pureza. El resultado fue que se formó una nueva “Compañía de Jesús” También ésta llevaba la espada y la cruz. La espada de Estados Unidos fueron sus marines; su cruz, la “Democracia Americana” Bajo esa cruz, de la misma manera que bajo la cruz que blandían los conquistadores de España colonial, Estados Unidos racionalizó su colonialismo. Incluso el capitán Alfred Thayer Mahan desarrolló una teoría basada en el darwinismo para probar que la historia es una lucha del más fuerte y apto para sobrevivir.² El clero protestante también se unió al coro para ennoblecer al imperialismo.³

El jurado que juzgó a Walker por la violación de las leyes de neutralidad del país, que claramente había violado, manifestó ese deber imperialista y ese espíritu colonialista cuando aclamó a Walker al salir de la Corte. Simplemente reflejaba sus enraizadas convicciones de que Nicaragua estaría mejor como un Estado esclavo dentro de la Unión, que como un país libre fuera de ella. Para ese jurado entonces, como para el pueblo norteamericano ahora, sólo podía haber un sistema democrático digno de ese nombre: el estadounidense. Sólo puede haber una definición de libertad: la libre empresa norteamericana. Por consiguiente, el Departamento de Estado no necesita proclamar una política imperialista; los Vanderbilt, los Rockefeller o los Guggenheims, la United Fruit, la Hanna Mining Company o la Anaconda Company, pueden hacer lo que les plazca. Después de todo, representan la democracia, son la libertad personificada. Es más, saben que cuando haya problemas, el poder de Estados Unidos estará detrás o al frente de ellos.

Durante el último siglo, el expansionismo colonial de Estados Unidos, basado y fortalecido por el American Way of Life, se ha hecho considerablemente más atrevido. En 1860, Estados Unidos intervino en Honduras. En 1871, ocupó la Bahía de Samana, en Santo Domingo. En 1881 se unió a Perú en su guerra en contra de Chile a cambio de la cesión del puerto Chimbote (como base naval) cerca de las minas de carbón y de una línea ferroviaria que va de las minas al puerto. En 1885, una vez más, sabotó la Federación Centroamericana porque dicha organización podía hacer peligrar un canal interoceánico propiedad de Estados Unidos.

Entre tanto, en 1884, se enviaron por toda América Latina misiones comerciales oficiales con un solo propósito y, como informó una de dichas misiones, ese propósito fue cumplido exitosamente: “Nuestros conciudadanos se encumbran fácilmente en casi todas las ciudades importantes. En toda república encontrarán hombres de negocios con amplias esferas de influencia. Es más, los comerciantes residentes ofrecen los mejores medios para introducir e incrementar el uso de nuestros productos.” Naturalmente, nada ha cambiado a este respecto. Nótese por ejemplo un informe de la revista *Newsweek* de 19 de abril de 1965: “Puede esperarse

que los diplomáticos intensifiquen su ayuda en ultramar a los hombres de negocios norteamericanos. Directivas que ahora esperan la firma de Dean Rusk, recordarán a las embajadas de Estados Unidos que su eficiencia será medida no sólo con base en su habilidad diplomática y política, sino también por la forma en que fomentan los intereses comerciales en el exterior. Además, se reclutarán prominentes hombres de negocios como inspectores del servicio exterior.”

En 1895, el presidente Cleveland intervino en Venezuela. En 1897, y nuevamente en 1898, Estados Unidos frenó nuevos intentos de federación en Centroamérica. En 1898, después de fabricar una guerra artificial con España, se anexó Puerto Rico, Filipinas y Guam, y convirtió a Cuba en una “república” controlada a través de la Enmienda Platt (1901). Esta Enmienda dio a Estados Unidos el derecho de intervenir en asuntos de “vida, propiedad, libertad individual e independencia cubana” Es decir, dio el derecho de intervenir en todo.

La ausencia casi absoluta de una importante protesta pública en Estados Unidos en contra de esta política de imperialismo abierto, tanto en el Caribe como en el Pacífico, muestra, una vez más, que el pueblo estaba convencido de que su destino era expandirse, y de que su superioridad lo exigía.⁴

Después de 1900, incluso los historiadores liberales lamentan la política exterior del país. Theodore Roosevelt, quien a pesar de todo es admirado como uno de los más grandes presidentes de Estados Unidos, intervino por la fuerza de las armas en casi todos los países del Caribe y de América Central. Naturalmente, los verdaderos beneficiarios fueron siempre los hombres de negocios norteamericanos. Vale la pena repetir una declaración a menudo citada a este respecto:

Ayudé a hacer de México y, especialmente de Tampico, un lugar seguro para los intereses petroleros estadounidenses. Ayudé a hacer de Haití y de Cuba lugares decentes para que los muchachos del National City Bank cobraran dividendos. Ayudé a pacificar Nicaragua para la casa bancaria internacional Brown Brothers. Llevé la luz a la República Dominicana para los intereses azucareros estadounidenses. Ayudé a preparar el terreno en Honduras para las compañías fruteras norteamericanas...⁵

Esta áspera y aguda denuncia fue hecha por el tantas veces condecorado patriota mayor general Smedley D. Butler de la marina de Estados Unidos.

En contra de tales intervenciones, algunos patriotas combatieron. En Haití, donde los marines estadounidenses desembarcaron en 1915 y permanecieron hasta 1934, 2,000 rebeldes llamados “Cacos” tuvieron que ser

asesinados antes de que Estados Unidos pacificara la Isla. Y hubo otras rebeliones en todas partes. En Nicaragua, uno de esos rebeldes tuvo que ser engañado para poder ser eliminado. Augusto César Sandino combatió a los marines estadounidenses de 1926 a 1934 sin que fuera derrotado, a pesar de que los marines arrasaron varios pueblos en Nicaragua y, de paso, algunos de Honduras. En 1934 le propusieron “negociaciones”, y siendo lo bastante cándido para creerlo, fue a la embajada estadounidense para conferenciar con el embajador Arthur Bliss Lane. Fue asesinado. (Tales incidentes son tan comunes en la política exterior norteamericana, que ningún rebelde inteligente que cuente con apoyo popular puede creer nunca en los ofrecimientos de negociaciones por parte de Estados Unidos, a menos que el lugar, las circunstancias y los términos de estas negociaciones puedan ser controladas por él. Parece que Ho Chi Minh *es así* de inteligente.)

El 4 de marzo de 1933, el país cambió oficialmente su línea política. En el mensaje emitido en la toma de posesión, Franklin D. Roosevelt anunció al mundo que el imperialismo estadounidense terminaba y que de entonces en adelante Estados Unidos sería un buen vecino. Votó en favor de un compromiso de no-intervención en la Conferencia Interamericana de Montevideo en 1933, prometió a los países latinoamericanos reducción de tarifas aduanales y acuerdos de intercambio comercial, y, un año más tarde abolió la Enmienda Platt. Incluso su diplomático más importante, Summer Welles, afirmó en 1935: “Creo que el capital estadounidense invertido en el exterior, debe estar, tanto en la realidad como en teoría, subordinado a la autoridad del pueblo del país donde se localiza”.

Pero en realidad, lo único que cambió fue la forma de la intervención de Estados Unidos. Franklin D. Roosevelt ha sido el imperialista más inteligente que ha tenido Estados Unidos en los tiempos modernos. Como liberal conocía el valor de la retórica; como capitalista, sabía que quien domina la economía domina la política. En la medida que el intervencionismo estadounidense que buscaba beneficios económicos tenía que ser defendido con sus marines, las rebeliones y revoluciones serían siempre inevitables. Cuando un país es ocupado por marines, el enemigo es siempre claramente identificable. Viste el uniforme de la marina. Pero si no hay marines, si los opresores son la milicia local, la policía o las fuerzas militares, si la lealtad de estas fuerzas hacia los intereses comerciales estadounidenses puede ser garantizada a través de sus ligas con los intereses comerciales norteamericanos, será difícil y aun imposible, que los patriotas identifiquen al enemigo. Esto lo comprendió Franklin D. Roosevelt, por eso lanzó una serie de directivas políticas encaminadas a ligar a los países latinoamericanos con Estados Unidos.⁶

En 1938, Roosevelt creó el Comité Interdepartamental de Cooperación con las Repúblicas Americanas, que en realidad fue el precursor del actual programa de ayuda técnica de la Organización de Estados Americanos (OEA). La misma OEA surgió de la Unión Panamericana que había sido creada por el Secretario de Estado, James G. Blaine, como "un complemento económico ideal para los Estados Unidos".⁶

El Comité Interdepartamental de FDR aseguró la dependencia de América Latina frente a Estados Unidos en materia de progreso técnico. Durante la guerra, el Departamento de Agricultura de Estados Unidos envió a América Latina equipos de investigación para la conservación del suelo, que ayudaron a aumentar la dependencia de latinoamérica en economías de monocultivo. En 1940, FDR anunció que el gobierno de Estados Unidos y las empresas privadas estadounidenses debían hacer fuertes inversiones en América Latina para "desarrollar fuentes de materias primas necesarias en Estados Unidos". El 26 de septiembre de 1940, aumentó los recursos del Export Import Bank, que es un brazo del Departamento del Tesoro, de 100 a 700 millones de dólares, y el día del ataque a Pearl Harbor, la mayoría de los países latinoamericanos recibieron "préstamos para el desarrollo", préstamos que hasta la fecha no han sido liquidados. La dependencia económica de América Latina fue asegurada aun más durante la guerra a través del programa United States Lend Lease que canalizó equipo de Estados Unidos a 18 naciones latinoamericanas con valor de 262.762,000 dólares (las dos naciones excluidas fueron Panamá que virtualmente era propiedad de Estados Unidos, y Argentina que se hallaba en rebeldía).

La política de Roosevelt tuvo tanto éxito que sus sucesores (todos liberales, fueran republicanos o demócratas), la continuaron y fortalecieron. Hacia el año de 1950, Estados Unidos controlaba el 70% de las fuentes de materias primas de América Latina y el 50% de su producto nacional bruto. Al menos teóricamente, no había ya necesidad de intervención militar.

Los reformadores latinoamericanos no comprendieron hasta qué punto las ataduras económicas de Estados Unidos aseguraban gobiernos favorables a los negocios norteamericanos. Siguieron pensando que con sólo explicar la situación, podrían alterar el patrón de vida e incluso la estructura misma de los pueblos. Debido a que Estados Unidos abogaba, al menos teóricamente por la libertad de palabra y por las instituciones libres, los reformadores tenían la esperanza de que esto les ayudaría a conseguir el poder. Lo que no pudieron comprender fue que en todo país subdesarrollado, la gran mayoría de la población o es analfabeta y por lo tanto no puede votar, o vive en tugurios sin control oficial y por consiguiente tampoco puede votar. Más aún, no existe un excedente de fondos de los

pobres. En consecuencia, es imposible crear un partido y tener la suficiente fuerza material para realizar una campaña a través de la radio y el periodismo en favor de los pobres. Los pobres no pueden financiar una campaña de esta naturaleza. Ésta es la razón por la cual Estados Unidos a menudo ha tratado de convencer a sus títeres para que permitan la libertad de prensa y elecciones libres; después de todo, siempre serán los ricos los únicos en condiciones de tener periódicos y financiar campañas.

Naturalmente, de vez en cuando, por alguna casualidad, ha sido electo un presidente reformista en América Latina. Pero cuando ha tratado de llevar a cabo sus reformas, siempre ha sido derrocado. Esto sucedió en Guatemala cuando Juan José Arévalo, primero, y después Jacobo Arbenz, fueron electos aun cuando postulaban programas reformistas. Antes de la toma de posesión de Arévalo en 1945, Guatemala era uno de los países más atrasados de América Latina. Los derechos laborales nunca habían sido reconocidos ni en las fábricas ni en el campo, incluidas las plantaciones de la United Fruit Company; los sindicatos, las libertades civiles, la libertad de palabra y la libertad de prensa se consideraban fuera de la ley. Los intereses extranjeros eran sagrados y tenían un carácter monopolista; sus concesiones, en cuestión de impuestos, se hallaban más allá de toda consideración de justicia. Considerando a cada empresa extranjera como una persona, el 98% de la tierra cultivada de Guatemala se hallaba en poder de 142 personas exactamente (en una población de 3 millones). Sólo el 10% de la población asistía a la escuela.

Arévalo y Arbenz trataron de modificar estas condiciones. Mientras sólo presionaron por medio de reformas educativas, nadie protestó demasiado. Primero se establecieron las libertades de palabra y de prensa, después los sindicatos fueron reconocidos y legalizados, y, finalmente, el 17 de junio de 1952, Arbenz proclamó el Decreto 900: una reforma agraria que demandaba la expropiación y redistribución de las tierras sin cultivar que excedieran las dimensiones de una extensión promedio base. Pero el Decreto 900 exceptuaba todas las tierras cultivadas intensivamente y que representaban sólo el 5% de todas las propiedades de más de 1,000 hectáreas que se hallaban en cultivo. El decreto ordenaba que toda la propiedad ausentista fuera redistribuida, pero ofrecía una compensación en bonos pagaderos en 20 años con un interés de 3%, calculado de acuerdo al valor declarado.

Los agrónomos de Estados Unidos aplaudieron el Decreto 900. En la página 179 de *Latin American Issues* publicado por el 20th Century Fund, se puede leer: "A pesar de toda la conmoción que produjo, el Decreto 900, que tenía sus raíces en la Constitución de 1945, es una pieza de legislación notablemente moderada y sana." Sin embargo, dado que gran

parte de las tierras cultivadas de Guatemala, incluyendo 400,000 acres no cultivados, pertenecían a la United Fruit Company, Estados Unidos empezó a preocuparse, y cuando Arbenz entregó esa tierra sin cultivar a 180,000 campesinos, condenó su régimen como comunista. Estados Unidos convocó a la OEA en Caracas para hacer una condena oficial y consiguió un coronel derechista llamado Carlos Castillo Armas, graduado en el U.S. Command and General Staff School de Fort Leavenworth, Kansas, para que realizara su sucio trabajo. Le proporcionó armas y dólares para que organizara una fuerza rebelde en Honduras y Nicaragua y le ayudó a derrocar a Arbenz. No importa qué tan buen vecino Estados Unidos quería aparecer, estaba decidido a deshacerse de semejante buena vecindad y restaurar la intervención militar de viejo cuño cuando los intereses comerciales de sus empresas estuvieran amenazados.

Naturalmente, desde entonces, Estados Unidos ha intervenido en otros países con frecuencia; el caso más notable ha sido la intervención armada en la República Dominicana en 1965. En la actualidad sólo puede haber dos posiciones en América Latina. Con la intervención en la República Dominicana, en la que 23,000 soldados estadounidenses fueron utilizados para aplastar una rebelión de 4,000 hombres armados, Estados Unidos puso en claro que nunca permitiría a ningún gobierno latinoamericano romper su rígido control económico.

¿Y cuál es ese control? En la actualidad, el 85% de las fuentes de materias primas está controlado por Estados Unidos. Una sola compañía estadounidense (la United Fruit) controla más del 50% de los ingresos del exterior y por lo tanto del total de la estructura económica de seis países latinoamericanos. En Venezuela, la Standard Oil Company de Nueva Jersey (Rockefeller), a través de su subsidiaria la Creole Oil Corporation, controla todas las bases del proceso de industrialización. Venezuela es potencialmente el segundo país más rico del mundo. Su ingreso anual neto, que asciende a más de 500 millones de dólares, podría garantizar a cada familia, calculada en 6.5 miembros, un ingreso anual de casi 3,000 dólares. Pero en lugar de esto, el 40% de su población vive al margen de una economía monetaria; el 22% son desocupados y el país debe utilizar más de 100 millones de dólares anuales para importar comestibles, cuando el país tiene suficiente tierra para, bajo una reforma agraria adecuada, ser exportador de alimentos.

Chile, con suficientes minerales para edificar un moderno Estado industrial, se revuelve en la inflación (21% en 1966) mientras que, a pesar de toda la palabrería de la "Revolución en Libertad", sólo existe libertad para una quinta parte⁷ de la población como máximo, y revolución para nadie. Así, lo mejor que Frei ha sido capaz de hacer es organizar clases de costura en los tugurios. La derecha lo acusa de demagogia y la izquier-

da de paternalista, ambas tienen razón en tanto que, como dice el *Christian Science Monitor* (19 de septiembre de 1966): “Muchos de los pobres se manifiestan apáticos y afirman que están siendo utilizados de la misma manera que en el pasado.”

El Continente en su conjunto tiene que utilizar del 30 al 40% de sus ingresos del exterior para cubrir los intereses y cargos de servicio, *no el capital*, sobre los préstamos, al mundo industrializado, principalmente a Estados Unidos. La Alianza para el Progreso sostiene que está ayudando a América Latina a industrializarse sobre la base de un progreso social. Ahora que cuenta con más de seis años de existencia, puede anotarse importantes triunfos: ⁸ golpes derechistas en Argentina, Brasil, Honduras, Guatemala, Ecuador, República Dominicana y El Salvador. A cambio de esto, los hombres de negocios estadounidenses han remitido a Estados Unidos utilidades por 5 mil millones de dólares en tanto que han invertido menos de 2 mil millones. La misma Alianza para el Progreso, que se supone presta dinero estrictamente para proyectos de progreso social, ha dedicado el 86% de sus egresos a créditos para bienes de fabricación estadounidense, créditos que están garantizados por los gobiernos latinoamericanos y que son reembolsables en dólares.

Bajo la administración de Johnson, la Alianza para el Progreso ha renunciado a sus pretensiones sociales. En realidad, ninguna política de Estados Unidos las tiene; el mismo presidente Johnson lo ha aclarado en noviembre pasado cuando dijo a los soldados estadounidenses en el Camp Stanley de Corea (según la grabación transmitida por las radiodifusoras del Pacífico): “No olviden que nosotros sólo somos 200 millones en un mundo de 3,000 millones de habitantes. Ellos quieren lo que nosotros tenemos y nosotros no vamos a dárselo.”

Ahora, la política intervencionista e imperialista de Estados Unidos ha entrado triunfante en su tercera etapa. No sólo controla las fuentes de materias primas de América Latina, y sus mercados para los productos manufacturados en EUA, sino que también controla al mismo tiempo la economía monetaria interna. Karl Marx previno una vez que la primera ola revolucionaria en un país dominado por el imperialismo, sería el resultado de la frustración de la burguesía nacional, la cual alcanzaría una etapa de desarrollo en la que habría acumulado suficiente capital para querer convertirse en competidora de las empresas dominadas por el imperialismo. Se evitó que esto sucediera en América Latina.

Como las empresas norteamericanas se fueron abarrotando de productos excedentes, se percataron de que debían expandir sus mercados en los países subdesarrollados. Sin embargo, a tal efecto tenían que ayudar a desarrollar una burguesía nacional que comprara estos productos. Esta burguesía “nacional” como todas esas clases en los países colonizados, te-

nia que ser creada por las industrias complementarias, pero debía estar limitada hasta cierto punto para que no se independizara económicamente. La solución fue simple. Las mismas empresas estadounidenses que habían establecido plantas de ensamble en São Paulo o Buenos Aires a las que presentaban como empresas brasileñas o argentinas, decidieron ayudar a crear realmente industrias complementarias con capital local. Tenemos como ejemplo a la General Motors. Primero llevó sus automóviles en piezas denominadas “partes” (eliminando así los impuestos de importación). Después, las ensambló en São Paulo y puso en los automóviles la leyenda “hecho en Brasil”. Más tarde, buscó empresarios locales para desarrollar las industrias complementarias —cubreasientos, bujías, etcétera. Normalmente, la oligarquía terrateniente y los empresarios locales harían sus propias inversiones en esas industrias complementarias, y una vez que lograran reunir grandes cantidades de capital, se unirían para crear su propia industria automotriz. Este paso debía evitarse. Por lo tanto, la General Motors, como punto de partida, ofreció a los empresarios locales contratos a través de los cuales ayudaba a financiar las industrias complementarias. Después, llevó el capital de los empresarios a grandes empresas que, a su vez, controlaba rígidamente. Estas empresas tuvieron mucho éxito, hicieron felices a los empresarios nativos, y todo mundo se olvidó de la industria automotriz local competitiva, haciendo feliz a la General Motors.

Donde se emplea mejor este procedimiento es en la IBEC, la gigantesca empresa inversionista del grupo Rockefeller en América Latina. La IBEC sostiene que pertenece a latinoamericanos dado que no existen en ella intereses que la controlen. Pero el control entre el 25 y 45% que tiene la Standard Oil (este control varía según se trate de Colombia, Venezuela o Perú) no está compensado por el de los millares de inversionistas individuales de América Latina quienes, para imponer cierta política necesitarían ponerse de acuerdo entre sí primero, y después votar en bloque. Cuando una empresa detenta el 45% en tanto que miles de inversionistas privados comparten el otro 55%, es la empresa quien delinea la política — esto acontece tanto en Estados Unidos como en el exterior. Por otra parte, la IBEC tiene tanto éxito que los empresarios locales “piensan en americano” incluso antes que la IBEC. En todo caso, el resultado de estas empresas es que la burguesía nacional en América Latina ha sido eliminada. Se trata de una burguesía estadounidense.

La IBEC y otras empresas utilizan su capital combinado (nativo y estadounidense) para hacer inversiones en todo tipo de actividades redituables que van de los supermercados a las ensambladoras. Naturalmente, estas nuevas empresas se establecen donde pueden obtener el máximo rendimiento. La IBEC no va a establecer un supermercado en la provincia vene-

zolana de Falcón donde la población vive totalmente al margen de una economía monetaria y, por lo tanto, de todas maneras no podría comprar nada en el supermercado. Tampoco construiría un supermercado en Falcón porque no hay caminos hacia esa provincia. Así, la creación de las subsidiarias de la IBEC de ninguna manera ayuda a desarrollar la infraestructura del país. Lo que es más, dado que tales empresas tienen sus tentáculos metidos en todos los sectores de la economía, también controlan el mercado del dinero (razón por la cual las empresas de Estados Unidos apoyaron —en realidad presionaron— la creación de un mercado común latinoamericano en la Conferencia de Punta del Este en 1967. Semejante mercado común eliminaría los gravámenes a los productos estadounidenses ensamblados en América Latina al ser exportados de un país a otro). De ahí que no se necesiten nuevas inversiones para llegar incluso al 45% de las empresas. Actualmente, una nueva inversión en Latinoamérica es solamente una inversión aparente. La nueva empresa se establece con fondos locales que sólo drenan las reservas internas de capital. El resultado es una industria que sólo beneficia a aquellos sectores que compran productos excedentes de Estados Unidos.

Encontrándose tan atadas las *élites* económicas locales, Estados Unidos raras veces necesita intervenir con sus marines para garantizar la existencia de gobiernos amigos. El ejército local comprado por los intereses nativo-estadunidenses, garantiza la existencia de gobiernos amigos lo que se hace con la aprobación de la prensa local, los partidos políticos legales, los centros culturales, sujetos todos al control del dinero local, el cual está íntimamente ligado a los intereses norteamericanos.

Los reformadores latinoamericanos, finalmente, han tomado conciencia de esto. Ahora saben que el único camino que existe para acabar con esta estructura es el de *destruirla* — lo cual significa llevar a cabo una revolución violenta. Por eso ya no existen reformadores en América Latina. Los reformadores, o bien se han convertido en pro-estadunidenses, cualquiera que sea el nombre que se asignen, mismos que cumplirán las órdenes de Estados Unidos, o bien en revolucionarios.

Los historiadores liberales estadunidenses, los científicos sociales y los políticos, insisten en que todavía existe un tercer camino: una revolución no-violenta que será básicamente pro-democrática, es decir, pro-estadunidense. Nos dicen que ese proceso revolucionario ya se ha iniciado y que desembocará inevitablemente en la igualdad entre Estados Unidos y sus vecinos latinos. También a los políticos liberales les gusta decir a los estadunidenses que debían estar en favor de este proceso, que debían ayudarlo y darle estímulos periódicos. En 1966, Robert Kennedy expresó esto en un discurso al Senado: “Una revolución se aproxima —una revolución que será pacífica si somos suficientemente sabios; compasiva si

nos preocupamos lo suficiente; exitosa si somos bastante afortunados—pero la revolución se aproxima querámoslo o no. Podemos influir sobre su carácter, pero no podemos alterar su inevitabilidad.”

Sin embargo, lo que Kennedy parece incapaz de comprender es que si la revolución es pacífica y compasiva, si los estadounidenses pueden influir sobre su carácter, entonces no habrá ninguna revolución. Ya ha habido muchas revoluciones abortadas de éstas. Examinemos dos de ellas.

(A principios de siglo, en Uruguay, un gran hombre llevó a cabo la primera revolución social del mundo moderno y fue muy pacífico, muy compasivo y tuvo mucho éxito. José Batlle Ordóñez concedió a su pueblo la jornada de ocho horas, un día de descanso por cada cinco días de trabajo, indemnización obligatoria por despido, salario mínimo, compensación a los desocupados, pensiones de vejez, vacaciones pagadas. Legalizó el divorcio, abolió la pena de muerte, fundó un banco hipotecario estatal. Hizo gratuita la educación, incluída la universitaria, estableció impuestos sobre capitales, bienes raíces, utilidades, carreras de caballos y artículos de lujo (pero no sobre los ingresos porque pensaba que reduciría los incentivos). Nacionalizó los servicios públicos, los seguros, el alcohol, el petróleo, el cemento, las empacadoras de carne, la industria pesquera y los principales bancos. Puso fuera de la ley los arrestos, arrestos y aprehensiones arbitrarios, separó al Estado de la Iglesia a la que se le prohibió tener propiedades. Hizo posible que los peones fueran a la ciudad y consiguieran buenos trabajos si no les gustaba trabajar para la oligarquía terrateniente. Todo esto lo hizo antes de la Revolución Rusa —sin un solo asesinato y sin ninguna elección fraudulenta.

Pero, ¿qué sucedió? Una próspera clase media se acostumbró cada vez más al subsidio del gobierno. Cuando los precios de la carne y de la lana se desplomaron en el mercado mundial, empezaron a evaporarse los subsidios. La clase media estaba descontenta, y, acostumbrada al apoyo estatal, exigió más. El gobierno se vio forzado a incluir cada vez más trabajadores, la mayoría burócratas, en sus nóminas. Toda la estructura se convirtió en un recibir gratuitamente, dado que el pueblo nunca había participado en la gran revolución de Batlle. Nadie había luchado por ella, se la habían ofrecido en charola de plata, y ahora que la charola se había roto, aquellos que más se habían beneficiado con la llamada revolución, se tornaron descontentos.

Actualmente, en Uruguay, más de la tercera parte de la población trabajadora está ocupada por el gobierno, pero no participa en el aparato que toma las decisiones. Y el gobierno, naturalmente, está en bancarrota. Necesita ayuda y la mendiga. Estados Unidos como siempre, es muy generoso. Va al rescate de Uruguay — pero Uruguay paga la ayuda. Uruguay tiene demasiada tradición nacionalista como para ser tan servil como las

repúblicas bananeras, pero en cuestiones cruciales para Estados Unidos se alinea con él. Se abstiene o vota favorablemente cada vez que Estados Unidos desea que la Organización de Estados Americanos justifique o racionalice una agresión estadounidense. Y, naturalmente, la libre empresa, una vez más, es lo primero.

La oligarquía posee todavía la tierra, y todavía vive en Europa de sus crecidos ingresos. En Uruguay existen menos pobres que en cualquier país de América Latina, pero aquellos que *son* pobres *continúan siendo* pobres. La clase media, egocéntrica y egoísta, deriva su orgullo de ser *viva*, * audaz e ingeniosa para poder estafar al gobierno y para que sus miembros se estafen entre sí. Políticamente, Uruguay es uno de los países más libres en el mundo y Montevideo uno de los lugares más agradables para vivir, pero únicamente si se tiene dinero, solamente si se ha abandonado toda esperanza de lograr un orgullo nacional o de alcanzar una sociedad verdaderamente equitativa.

En 1910, mientras la revolución pacífica de Uruguay se desarrollaba, México emprendió la suya que no fue ni pacífica ni compasiva. Durante los siete años siguientes, se derramó sangre en toda la tierra, y los campesinos indígenas desarrollaron una parte muy activa en el movimiento. Pero la revolución mexicana no fue una verdadera revolución popular en la medida en que estuvo básicamente controlada por la burguesía. Francisco Madero, quien dirigió la primera ola revolucionaria, si bien era honesto, también era un rico terrateniente que nunca pudo sentir el ardiente deseo de cambio por el cual luchaban los campesinos. Hasta cierto punto, comprendió esto y tal vez por eso fue asesinado con la complicidad del embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson.⁹ Pero era incapaz de englobar en su programa los planes poco floridos pero reales que dirigentes campesinos como Pancho Villa y Emiliano Zapata encarnaban en su violenta reacción frente al largo tormento sufrido por su pueblo.

Como Gunder Frank ha escrito: La burguesía y los campesinos "enfrentaban un enemigo común, el orden feudal y sus pilares de apoyo, la Iglesia, el ejército y el capital extranjero. Pero sus objetivos diferían —libertad de las ataduras internas y externas y liberalización de la estructura económica, para la burguesía; tierra para los campesinos. Aunque Zapata continuó impulsando los intereses de los campesinos hasta su asesinato en 1919, la verdadera dirección de la revolución nunca escapó de las manos de la burguesía, excepto en la medida en que fue desafiada por la reacción de Huerta y la intervención norteamericana. La eliminación de la relación social feudal fue naturalmente en el interés de la naciente burguesía así como en el interés de los campesinos. La educación fue secularizada, la

* En español en el original.

Iglesia y el Estado fueron separados más ampliamente. Pero el acceso al poder por parte de los campesinos nunca estuvo realmente en juego".¹⁰

De esta manera, mantenidos fuera del poder, los campesinos nunca se beneficiaron en verdad de su revolución. Recibieron tierras periódicamente, pero fueron raros los casos en que se trataba de tierras fértiles o irrigadas, y los ejidos, tierras comunales, pronto se convirtieron en las secciones más pobres de México. La *élite* burguesa-revolucionaria se convirtió en la nueva oligarquía de México, y aunque algunos de sus miembros tienen la piel más oscura que los antiguos colonizadores españoles, los campesinos nunca fueron integrados a la nueva estructura de poder del Partido Institucional.

En la actualidad, no sólo votan excepcionalmente (en las elecciones presidenciales de 1958, por ejemplo, oficialmente sólo el 23% de la población votó, y eso después de que los fraudes elevaron el cálculo), sino que apenas se benefician de las leyes sociales instituidas por la revolución. Como ha escrito Vincett Padgett, que no es revolucionario: "Para el mexicano marginal el derecho y las cortes son de poca utilidad. No se espera que las instituciones formales impartan justicia. Sólo existen la aceptación y la súplica. En los casos más extremos, existe para el individuo marginal el recurso de la violencia, pero el punto más significativo es que no existe posición intermedia."¹¹

En México hay todavía campesinos que mueren de hambre. El analfabetismo alcanza a casi el 50% de la población, y el 46% de los niños en edad escolar no asisten a la escuela. La mayor parte del algodón está controlada por una empresa intermediaria estadounidense, la Anderson Clayton, y el 55% del capital bancario mexicano está dominado por Estados Unidos. Sin embargo, la Revolución Mexicana fue anti-estadunidense y violenta. ¿Qué fue lo que falló?

Lo que falló fue que la Revolución no logró mantener sus impulsos. No es suficiente triunfar en el orden militar; un revolucionario tiene que seguir combatiendo largo tiempo después de haber derrotado a su enemigo. Debe mantener a su pueblo armado, en constante vigilancia sobre sí mismo y como medio para forzar la participación popular en su gobierno. No obstante, debe también tener cuidado de no dirigir esta participación popular hacia una forma tradicional de democracia de partido o de Estado, a menos que los conflictos internos devoren a la revolución como sucedió en Bolivia.¹² Debe realizar la transición desde un concepto generalizado de anti-americanismo, hasta una serie de manifestaciones particulares, es decir, debe nacionalizar todas las propiedades pertenecientes a los norteamericanos (o ingleses o turcos o quienquiera que sea la potencia imperialista). Como todos los que no nos encontramos a nosotros mismos sino hasta que encaramos la muerte, hasta que penetramos en un abismo

tal que podemos tocar la muerte, olerla, comerla, y después, solamente después, salir lentamente para expresar nuestro verdadero ser, así también para la revolución y el revolucionario. Ambos deben destruir para reconstruir, ambos deben penetrar en el caos para encontrar las bases para reconstruir la verdadera expresión de la voluntad del pueblo. Sólo entonces puede haber una integración total de la población en la nueva nación.

No estoy tratando de definir aquí una racionalización psicológica que auspicie la revolución violenta. Lo que sostengo es que si se quiere renovar la sociedad, si se desea establecer una sociedad equitativa, si se ambiciona instaurar una democracia *económica* (sin la cual toda democracia *política*, así en el cielo como en Washington, carece de significado), entonces se debe estar dispuesto a recorrer todo el camino. Para la verdad o para la justicia no existen atajos.

Por otra parte, en el Continente latinoamericano ya existe la violencia, pero es una violencia negativa, contrarrevolucionaria. Se expresa bajo la forma de encontrar la muerte por vejez a los 28 años de edad en el noreste de Brasil. Esa violencia se encuentra en la mujer boliviana que sólo puede alimentar a tres de sus cuatro hijos porque el cuarto, como me dijo una de ellas, "Está enfermo y probablemente tendrá que morir de todos modos y no tengo suficiente alimento para los cuatro."

Naturalmente, los liberales argumentarán que siempre se pueden establecer compromisos, defender el imperio de la ley, mientras se trabaja por conseguir lentamente mejores condiciones de vida. Pero los hechos derrumban semejantes ilusiones. América Latina es ahora más pobre que hace 30 años. En la actualidad menos personas beben agua potable que entonces. Una tercera parte de la población vive en tugurios, la mitad nunca consulta un médico. Además, toda medida de compromiso o ha fracasado o ha sido corrompida. En Brasil, Getulio Vargas dio a los trabajadores una conciencia de clase y creó una agencia de petróleo; sus herederos se llenaron los bolsillos aunque trataron de llevar al país por la senda del progreso. Pero fueron aplastados por el amo económico del país: Estados Unidos. Perón, independientemente de su motivación personal, proporcionó a los argentinos nuevas esperanzas y nuevas consignas; sus sucesores, pretendiendo despreciarlo, se inclinaron a la presión de Estados Unidos, mantuvieron a su país bajo su bota y vendieron sus riquezas a las empresas estadounidenses.¹³ En Guatemala, como lo hemos visto, Arévalo y Arbenz intentaron realizar reformas sociales y reforma agraria sin armar a su pueblo, sin violencia. Estados Unidos los destruyó por la fuerza y, cuando la semi-dictadura derechista de Ydígoras Fuentes decidió permitir elecciones libres dentro de las cuales Arévalo podría regresar, Kennedy, el más grande retórico liberal, ordenó la deposición de Ydígoras como informó el *Miami Herald*.¹⁴ En la República Dominicana, una es-

pontánea repulsa hacia nuevas formas de dictadura después de 32 años de trujillismo, fue enfrentada con marines estadounidenses. Y así por el estilo. La lista es interminable.

Los revolucionarios de América Latina han aprendido de la experiencia de la República Dominicana, de Guatemala y de Vietnam, que romper la estructura es invitar a la represalia estadounidense. También son conscientes de que esta represalia será tan poderosa que bien puede tener éxito, por lo menos en condiciones normales. En Perú, en 1965, el APRA rebelde se fue a las montañas para emprender una guerra de guerrillas en contra del régimen títere estadounidense de Belaúnde. Pensaba que ganando el apoyo popular de las masas desposeídas podría pasar de la fase número 1: (la táctica de pega y corre), a la fase número 2: (confrontación abierta con el ejército local). Cometió un grave error porque también Estados Unidos había aprendido de su experiencia en Vietnam. Sabía que no podía permitir un colapso en el ejército local, o que tendría que mandar medio millón de hombres, como acontece en un país tan pequeño como Vietnam. Estados Unidos no puede sostener medio millón de hombres para cada país que se rebela. En consecuencia, tan pronto como el APRA rebelde se reunió en las altas montañas de los Andes para la confrontación de la fase número 2, Estados Unidos lo atacó con napalm. El APRA rebelde, aunque de manera temporal fue destruido; sus líderes, incluidos Luis de la Puente Uceda y Lobatón, fueron muertos.

Pero las guerrillas también aprendieron de ese error: en Guatemala, Venezuela, Colombia y Bolivia, poderosas fuerzas guerrilleras están en movimiento y además creando tal desorden que Estados Unidos se ve obligado a cometer el mismo error que cometió en Vietnam: está enviando *rangers* y fuerzas especiales al combate. En Guatemala, para el 1o. de enero de 1967, 28 *rangers* habían sido muertos. A través de sus socios en Venezuela y en Bolivia, Estados Unidos ha utilizado nuevamente el napalm, pero en esta ocasión no ha tenido éxito. En Colombia, está utilizando armas tipo Vietnam y helicópteros para combatir a las guerrillas sin éxito aparente. Nuevos levantamientos guerrilleros tienen lugar, como los de mayo de 1967 en Brasil, Perú y Ecuador.

Pero, aun más importante que eso, una nueva actitud se ha desarrollado. Una actitud claramente enunciada por el Che Guevara, que en algún país de América Latina se encuentra organizando esas rebeliones. Esa actitud reconoce el hecho de que el poderío norteamericano no puede ser totalmente derrotado en un solo país. Por otra parte, Estados Unidos no puede sostener dos, tres o cinco Vietnams simultáneamente. Si tratara de hacer esto, su economía interna se desintegraría. También, sus crecientes medidas represivas en el interior del país, necesarias para sofocar la disi-

dencia interna en ascenso, debían hacerse tan poderosas que todá la estructura de Estados Unidos estaría amenazada desde dentro.

Además, esta actitud explica con lógica impecable que el imperialismo nunca se detiene por sí solo. Como el hombre que tiene 100 dólares y quiere 200, la empresa que logra un millón de dólares anhela dos y el país que posee un continente trata de controlar otro. La única manera de derrotarlo es golpeando cada uno de sus tentáculos imperialistas simultáneamente. Así fue derrotado César. Así también fue aplastado Alejandro. Asimismo el imperialismo de Francia, Inglaterra, España, Alemania, fue eventualmente derrotado. Y así será detenido Estados Unidos.

El Che Guevara no se hace ilusiones acerca de lo que esto significará en América Latina. Recientemente ha escrito que “podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión (ni tenemos derecho a ello), de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes. Será una lucha larga, cruenta, y su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes. Donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares. En la población campesina asesinada, en las aldeas o ciudades destruidas por el bombardeo enemigo . . .”¹⁵

Tampoco será una guerra entre caballeros, escribe el Che. “Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total.”

Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles y aun dentro de los mismos; atacarlo donde quiera que se encuentre: hacerlo sentirse una fiera acosada en cada lugar donde transite.

Entonces su moral irá decayendo. Se hará más bestial todavía, pero se notarán los signos del decaimiento.

Y el Che concluye cándidamente: “Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.”

Este análisis es la conclusión inevitable y necesaria de todo aquel que ve de frente la historia del imperialismo norteamericano y sus efectos sobre la población sujeta a su dominio. Actualmente, América Latina es más pobre y sufre más que hace diez años, que diez años antes de hace diez años y así a través de la historia. El capital estadounidense no sólo ha eliminado la esperanza del pueblo latinoamericano en un futuro material mejor, sino que también ha eliminado su sentido de la dignidad.

Este análisis dejará estupefactos a los liberales, quienes lo rechazarán. Pero ellos son los responsables de esto, porque durante mucho tiempo, la

política exterior de Estados Unidos ha sido creación intelectual de los liberales estadounidenses. Por eso es que ahora, un hombre honesto, debe considerar al liberal como el verdadero enemigo de la humanidad. Por eso es que debe convertirse en revolucionario. Por eso es que debe estar de acuerdo con el Che Guevara en que la única esperanza de los pueblos del mundo es aplastar al imperialismo estadounidense derrotándolo en el campo de batalla, y en que el único camino para realizar esto es coordinar sus ataques y lanzarlo dondequiera que haya hombres explotados, dondequiera que haya hombres que sufren debido a los norteamericanos. La única respuesta, a menos que puedan realizarse reformas estructurales en Estados Unidos que pongan fin a la voracidad de las empresas, es que, tal como el Che Guevara ha dicho, los hombres pobres y los hombres honestos deben lanzarse a crear varios Vietnams simultáneamente.

¹ Salvador de Madariaga, *Latin America Between the Eagle and the Bear*, 1962.

² Alfred Thayer Mahan, *The Influence of Seapower Upon History*, 1890.

³ Kenneth M. Mackenzie, *The Robe and the Sword: The Methodist Church and the Rise of American Imperialism*, 1961.

⁴ Brady Tyson, *The Roots and Causes of U.S. Policy Towards Latin America*, manuscrito inédito, 1966.

⁵ Major General S. D. Butler en *Common Sense*, noviembre 9, 1933, citado por C. Wright Mill, en *Listen Yankee*.

⁶ Lloyd Mecham, *A Survey of United States-Latin American Relations*, 1965.

⁷ Federico G. Gil, *The Political Systems of Chile*, 1966. Ver también su "Chile: 'Revolution in Liberty'", en *Current History*, vol. 51, núm. 303, noviembre, 1966.

⁸ Jorge Graciarena, "Desarrollo y política", en *Argentina, Sociedad de masas*, editado por Torcuato S. Di Tella, Gino Germani y Jorge Graciarena, 1965. También, Henri Edme, "¿Revolution en Amérique Latine?", *Les Temps Modernes*, xxi, núm. 240, mayo, 1966.

⁹ Jesús Silva Herzog, *Breve Historia de la Revolución Mexicana*, 1960.

¹⁰ Andre Gunder Frank, "Mexico: the Janus Faces of Twentieth Century Bourgeois Revolution", *Monthly Review*, vol. 14, núm. 7, noviembre, 1962.

¹¹ L. Vincett Padgett, *The Mexican Political System*, 1966.

¹² John Gerassi, *The Great Fear in Latin America*, edición revisada, 1965. También Richard W. Patch, "United States Assistance in a Revolutionary Setting", en Robert D. Tomasek (editor), *Latin American Politics: Studies of the Contemporary Scene*, 1966.

¹³ Torcuato S. Di Tella, "Populism and Reform in Latin America" en Claudio Véliz (editor), *Obstacles to Change in Latin America*, 1965.

¹⁴ Dic. 24, 1966.

¹⁵ *Mensaje a la Tricontinental*, 1967.